

MISION DEL BRASIL



## P. MANUEL DE NOBREGA

### I

#### *Su patria, padres y vocacion á la Compañía*

FUE el P. Manuel de Nobrega portugués de nacion, noble por su sangre y mucho más noble por sus grandes virtudes; su padre fué de su propio nombre, Consejero del rey de Portugal, Oidor de su Real Consejo y persona de toda estimacion, hermano del Canciller mayor ó Presidente del Consejo Real, muy valido del Rey y que tenia grande mano en el reino, por lo cual su sobrino, nuestro Manuel de Nobrega, tenia muy fundadas esperanzas de alcanzar puestos de grande honra y autoridad, y valer mucho en el siglo; y con este designio fué á estudiar á la Universidad de Coimbra, á donde con su buen ingenio y mucho aliento descolló entre sus condiscípulos. Graduóse de bachiller con aplauso universal, y su presuncion era tal, que cuanto habia en el reino se le hacia poco para lo que pensaba alcanzar; pero Dios, que le tenia destinado para otros empleos más altos y de mayor servicio suyo, le quebrantó los bríos y moderó su presuncion con la ocasion que aquí diré.

Vacó en aquella Universidad una colegiatura mayor, cuya provision tocaba al Prior y convento de Santa Cruz de Coimbra, Cancelario que es de la Universidad. Opúsose nuestro Manuel con tan fundadas esperanzas de llevarla, que no tuvo duda de que, sin faltarle, voto seria suya, así por el grande favor que tenia de su padre y de su tio el Canciller mayor, como por sus buenas letras y opinion; porque el Doctor Azpilcueta Navarro, su maestro, habia dicho varias veces que era el más aventajado estudiante que habia en la Universidad. Pero no le sucedió como esperaba, porque, como suele acontecer en este mundo inconstante y engañoso, el ménos digno es honrado, y el más digno desechado; así fué en esta ocasion, que la colegiatura se dió á otro, y él frustró sus esperanzas, de que estuvo tan sentido y afrentado, que no se atrevia á salir en público.

Cayéronsele las alas del corazon, perdía los pulsos de rabia y enojo, y cuando miraba con la beca á su contrario, concebía ira mortal contra quien se la habia dado.

Fué esta pérdida en ocasion que habian llegado á Coimbra los PP. Pedro Fabro y Francisco de Estrada, insigne predicador de la Compañía, al cual oyó el P. Manuel de Nobrega predicar con grande fuego de espíritu de la vanidad del mundo, de la falsedad de sus honras y de sus engaños é inconstancia, cotejándole con la verdad y firmeza de las honras eternas, ponderando su constancia y la satisfaccion que dan al corazon, y que las temporales son un poco de aire, sin sér y sin sustancia, que le dejan siempre hambriento y con nuevas ansias de más, y otras verdades semejantes á estas, ponderadas con la eternidad y la duracion sin fin de la vida futura que esperamos, dichas con tal energía y fuerza de razones, con tan vivas y encendidas palabras, que penetraron su corazon, y se le imprimieron de tal suerte en el alma que, rumiándolas á sus solas y obrando con su luz la divina gracia, se resolvió á dejar el mundo y sus vanas esperanzas, desengañado con la pérdida de la beca, que tenia por tan suya.

Resuelto á buscar los bienes eternos, renunció los temporales y sacrificó á Dios sus estudios y sus talentos, su nobleza y sus riquezas, sus gustos, su voluntad y todas las esperanzas que tenía de valer en el mundo, pisándole con generoso corazon, abrazando la cruz de Cristo en la Compañía de Jesus, á donde fué recibido el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, á diez y ocho de octubre, cuatro despues de fundada la religion, siendo su General nuestro P. S. Ignacio, ordenado de Sacerdote, segun lo dice la *Historia General de la Compañía*.

Pero ¿qué lengua podrá decir el fervor con que este siervo de Dios comenzó su noviciado, y el aliento y resolucion con que abrazó la cruz de Cristo, y se entregó á la oracion, mortificacion y penitencia y al estudio de todas las virtudes religiosas?

Dé los que entran á servir á Dios, y asientan plaza en su milicia, dice el Espíritu Santo por boca del Profeta Isaías (cap. XL), que mudarán la fortaleza y tomarán alas de águila, con que volarán sin descaecer ni cansarse; no dice que perderán ó disminuirán la fortaleza, sino que la mudarán, porque la que empleaban en el servicio del mundo, la mudarán al servicio de Dios, empleando todas sus fuerzas y alientos en buscar su gloria y honra y en hacer su voluntad, como se verificó en este nuevo soldado de su santa milicia. El cual no perdió los alientos primeros, sino mudólos en servir á Dios y en mortificarse á sí mismo, y los bríos con que pretendía las honras mundanas, en despreciarlas en la religion, y sus presunciones y pretensiones, en despre-

ciarse y abatirse y pretender ser hollado y despreciado de todos con admirable valor.

Ninguno fué más humilde, ninguno más mortificado, ninguno más sujeto ni obediente, ninguno más recogido ni callado, ninguno más penitente ni modesto, tan dado á la oracion que vivía de ella, y toda su conversacion era con Dios y con los moradores del cielo, á donde habitaba más su alma que en la tierra.

Era el ejemplo de todos y el que los afervorizaba con sus palabras y ejemplos, y Dios obraba en su alma celestiales sentimientos; y, como le habia escogido para vaso de eleccion, como á S. Pablo, para llevar su nombre por mares y tierras, y predicarle á los hijos de la Iglesia y á las bárbaras naciones, ardía en su pecho un fuego vivo de volar como águila por el mundo, á llevar el nombre de Cristo, y convertir las gentes á su servicio.

## II

*Empléase con admirable fruto en los ministerios de la Compañía.*

Así como S. Pablo, en convirtiéndose á Dios con la voz de Cristo, mudó la fortaleza con que defendía la ley de Moisés, en defender la de Cristo, y predicar en las sinagogas, y convertir á los indios, de la misma manera este nuevo Pablo, que habia sido Saulo en el siglo, en alistándose en la religion, revestido de su espíritu, comenzó á predicar y á traer los hombres del siglo al servicio de Dios, y apartarlos de los vicios.

Salía por las calles y las plazas á enseñar la Doctrina Cristiana á los rudos y á los niños: iba por las aldeas y lugares circunvecinos á predicar á los labradores el reino de Dios, á pié y pidiendo limosna, conforme Cristo lo mandó á sus Discípulos, con una sed y celo de ganar las almas, que en los caminos y en las posadas, en los sembrados y en las caserías, y en todas cuantas partes se ofrecía ocasion, trababa pláticas de Dios y de los bienes del cielo, para aprovechar á todos con cuantos conversaba, persuadiéndoles la confesion, la enmienda de la vida, la mudanza de costumbres, enseñándoles á tomar las buenas y dejar las malas.

Hizo muchas misiones en varias partes, con admirable fruto: y siendo corta esfera para la grandeza de su espíritu el reino de Portugal, salió á predicar al de Castilla; entró por Galicia y llegó á Santiago, y penetrando todo aquel reino, llegó predicando á Salamanca, y en estas misiones le sucedieron algunas cosas que no conviene pasar de paso, ni sepultarlas en silencio.

La primera fué que, predicando en tierra de Salamanca, supo que un señor

de título estaba mal amistado, con escándalo de sus vasallos y de muchos que lo sabían; y, revestido de un espíritu de Elías, con potestad y resolución de santo, se entró por sus puertas, y le reprendió ásperamente su desordenada vida delante de sus criados, diciéndole: «¿Quién sois vos, hombrecillo de tierra, formado de barro, que os atreveis á ofender á un tan grande Dios con tanto escándalo del mundo y ofension de vuestros vasallos? Pues mirad lo que haceis y atended á mis palabras, que si no os enmendais, ha de venir sobre vos la ira del Altísimo y os ha de lanzar en los infiernos, á donde penareis para siempre jamas.»

El caballero quiso, oyendo estas palabras, echarlas en risa, haciendo muy del cortesano; pero el siervo de Dios le replicó, diciendo: «No son estas cosas de risa, ni lo que vos haceis tal que pueda disimularse, abrid los ojos y mirad la espada de la divina Justicia que os está amenazando, y no os detengais un instante en vuestros pecados, porque descargará el golpe y dará con vos en el profundo, sin que despues podais remediaros. Mirad, vuelvo á decir, que os lo aviso de su parte.»

Los criados estaban atónitos, esperando cuándo el señor les habia de dar orden para hacerle pedazos; pero obró la virtud divina por medio de sus palabras, y, compungido y humillado aquel caballero, lloró sus pecados y salió del mal estado en que estaba, dejando aquel lazo de Satanás que le tenia preso y enlazado. Hizo una confesion general de toda su vida, quedando muy agradecido al P. Nobrega, que con libertad de santo le habia reprendido su pecado, y tan devoto de la Compañía que siempre se valió de ella para el bien de su alma: y, para tenerla más á mano, fundó un buen colegio en sus estados, por todo lo cual dió el bendito Padre infinitas gracias á Dios, que así alumbró y trae para sí á los pecadores.

No fué tan venturosa una mujer que estaba en mal estado con una persona eclesiástica, para la cual llamaron al P. Nobrega estando muy mala; hizo su oficio con el espíritu y prudencia que solia: arrepintióse la enferma de su pecado, y en cobrando salud, se apartó de aquella mala ocasion y permaneció un año en virtud y penitencia, pero no perseveró en ella, como debia; porque, como flaca é inconstante, volvió al primer estado, y Dios tambien al castigo, dándole á poco tiempo una grave enfermedad: cuando se vió en peligro de la muerte, exhortándola los domésticos á que se arrepintiese y confesase, parecia querer y no poder, poder y no querer, mostrando sentimiento y no arrepentimiento, y con lágrimas, pero no de contricion, sino de dolor por morirse, decia: *¿Es posible que he de ser condenada por vivir en pecado con un Sacerdote? Sí, sí, sí,* dijo tres veces, *pues yo me entrego (añadió) á Belcebú desde este instante por toda la eternidad.*

Estremeciéronse los presentes de ver tan blasfema resolución, y, tomando la imagen de un santo Crucifijo, se le pusieron delante, diciéndole que le pidiese perdon y se entrase por sus llagas y hallaria misericordia; pero la desdichada, obstinada en su pecado, volvía el rostro por no mirar el de aquel benignísimo Señor, que con el suyo la miraba benignanté, para darle el perdon de sus pecados.

Llamaron al P. Manuel de Nobrega, el cual hizo todas las diligencias posibles para reducirla á dolor de sus culpas y ablandar su empedernido corazón, clamando al cielo, derramando lágrimas, pidiendo favor á los santos y gracia eficaz á Dios para aquella pecadora, la cual obstinada en su pecado, remató su miserable vida sin dar muestras de contricion, con gran dolor del siervo de Dios por la pérdida de su alma; que tales castigos da la Divina Majestad á los que como perros rabiosos vuelven al vómito de los pecados, que una vez dejaron, como eruditamente enseña S. Jerónimo, hablando de la ciudad de Nínive, que se convirtió á penitencia por la predicacion del profeta Jonás, y por haber retrocedido despues y vuelto á sus pecados, la destruyó el Señor; que este castigo merecen los alevosos á Dios, despues de haber entrado en su casa y servicio y comido de su pan, como lo experimenta ahora esta miserable pecadora.

El año de mil y quinientos y cuarenta y siete entró por la Beyra predicando y evangelizando, como S. Juan Bautista por las riberas del Jordan, persuadiendo penitencia y remision de pecados, y no faltó un poderoso, como Herodes que, sin temor de Dios, tuviese sacrílegamente la mujer de su hermano con público escándalo del pueblo, el cual habian procurado quitar los amigos con exhortaciones, los parientes con instancias, los Prelados con censuras y hasta el mismo rey con amenazas, y estaba tan ciego y obstinado en su pecado, que ninguno habia hecho mella en su dureza: que cuándo este vicio se junta con la potencia en personas que tienen por ley su gusto, es enfermedad incurable.

Pero el P. Manuel fué médico tan diestro y sabio que, mediante el favor divino, halló medicina á esta dolencia y medio para ablandar este diamante, porque si bien al principio resistió con su dureza á los golpes de sus exhortaciones, y como frenético se volvió contra su médico, fulminando contra él amenazas, el P. Nobrega con admirable paciencia, destreza y perseverancia, se entró muchas veces por las puertas de su casa, hablándole con blandura y con humildes palabras, con que amansada aquella fiera, conquistó su voluntad, y ganada esta fortaleza, batió su entendimiento con buenas razones espirituales y cristianas, mediante las cuales alumbró Dios su alma y salió de la mala ocasion que tenia en su propia casa, y mudó de vida y costumbres,

recuperando con su buen ejemplo el escándalo que había dado con el malo, y agradeciendo al P. Nobrega la perseverancia que había tenido en sufrirlo y predicarle, diciéndole que, si no fuera por ella, se condenaba, y que á su buena industria y celo santo debia la salvacion de su alma.

Discurría por los pueblos á pié, como dijimos, mendigando como pobre la comida de puerta en puerta, y viviendo en los hospitales. Cuando llegó á la villa de Sabugal, entró descalzo, los pies arrastrando por la tierra, por habersele gastado los zapatos.

Estaba en aquella villa su comendador D. Duarte de Castelblanco, conocido del padre; y admirado de ver su pobreza, quiso aposentarle en su palacio, mas el verdadero amador de la pobreza huyó con todas sus fuerzas de este regalo, y en acabando de predicar, se retiraba á unos espesos matorrales, adonde no podían hallarle; pero el comendador mandó á sus criados que no le perdiesen de vista, y siguiéndole, le hallaron escondido en la espesura de aquellas matas, sudado del sermón, combatido de los aires y molestado de la hambre; y aunque se resistió á sus ruegos, por no ser descortés á persona tan noble que le esperaba, vino con ellos á su palacio, y, agradeciéndole aquella honra y merced, le suplicó que le dejase en su hospital, porque los palacios de los príncipes no eran á propósito para posar los predicadores apostólicos que han de persuadir penitencia y mortificación no ménos con las obras que con las palabras, y que no la persuadiría con tanto regalo. Al fin, despues de larga contienda, se dió un corte, y fué, que el Padre viviese en el hospital, y que su comida y tratamiento corriese por cuenta del comendador; pero el verdadero pobre de espíritu, amador de la cruz y mortificación, no pudo sufrir este corto agasajo, y así abrevió la mision de aquella villa y pasó á otra más incómoda, adonde le sucedió el caso siguiente:

Llegó asoleado y cansado, necesitado de comer y de tomar algun descanso; era fiesta y hora de Misa, entró en la iglesia y hallóla llena de gente: no le permitió su santo celo perder aquel lance que Dios le ponía en la mano, y acordándose que Cristo, fatigado del camino, predicó á la samaritana; no obstante su fatiga, pidió licencia al cura para predicar en la Misa; dióselo con mala gracia y casi por fuerza, porque tenia más gana de abreviar los oficios, para irse á comer, que de oír sermón á un clérigo pobre mendicante que no conocía, que siempre las misiones tienen dificultosas entradas.

Como el Padre estaba asoleado y cansado, no estuvo de sazón, y el auditorio ménos con el sermón; mostrando su poco gusto, se salieron en cuadrillas y le dejaron; pero no por eso desmayó el siervo de Dios, que no se rinden á la fortuna por un desgraciado suceso los buenos soldados; y, llegándose al cura, le pidió que le echase sermón para la tarde: sonrióse de oírle, y,

como haciendo burla de él y de su sermón, dijo á voces: «El que quisiere oír este clérigo gangoso, vuelva á la tarde, que predicará un poco peor que esta mañana.»

Llevó este menosprecio el buen Padre con paciencia y humildad; y descansó orando á Dios, el cual le dió tal gracia, que recuperó colmadamente la pérdida de la mañana, porque, ó traídos de Dios ó de la curiosidad, ó por hacer burla de él, que es lo más cierto, vino todo el pueblo, y predicó con tal espíritu, que parecían llamas de fuego sus palabras. Los hombres gemían, las mujeres lloraban, todos herían sus pechos y daban voces pidiendo á Dios misericordia y perdón de sus pecados. En bajándose del púlpito, corrieron de tropel á besarle la mano y á cortarle de la ropa como á santo.

Parecía el lugar otra Nínive penitente, segun era su mudanza en reformacion de costumbres, en devocion y penitencia, llorando y confesando sus pecados: tal efecto hizo su predicacion en las almas.

Con la fama que cobró de santidad, le trajeron una mujer endemoniada, de quien el mal espíritu se había hecho tan familiar, que entraba y salía en su cuerpo como en propia casa, y la hablaba al oído y le descubría cosas secretas, con que la traía engañada. El Padre la conjuró, y la hizo confesar generalmente, y la exhortó á no dar oídos á Satanás, porque con aquello no volvería á atormentarla. — «Y si viene á hablarme, ¿qué haré para librarle de él?», dijo ella. Y el Padre respondió: — «Decirle con resolucion que venga á hablarme á mí y á decirme lo que quería decir á vos, y cerradle las puertas de vuestra casa.» Medicina fué esta con que la mujer quedó sana, porque el demonio que huye de la cruz, también teme y huye de los varones santos, y con el temor que tuvo al P. Manuel, huyó y los dejó á ambos.

Entrando en otro lugar, fué á la iglesia á hacer oracion á Dios, que era siempre su primera estacion, pidiéndole gracia para predicar en aquel lugar. Halló una danza profanísima, con indecentes cantares y peores mudanzas. Revestido el siervo de Dios del celo de su honra y de la que se debía á su casa, reprendió con severidad aquel desorden, mandando á los danzantes que saliesen de la iglesia y dejasen la danza, amenazándoles con el castigo de Dios, si no hacían lo que les mandaba.

Como no le conocían ni le habían visto hasta entónces, ofendiéronse de sus palabras, y uno de ellos, el más osado, le habló descomedidamente, poniendo lengua en el mismo Dios con sacrílegas palabras. El Padre se hincó de rodillas, pidiendo á Su Divina Majestad misericordia, enmienda y perdón para aquel sacrílego y mal hablado; pero no fué oído, porque, como no se enmendase, quiso Dios castigarle para escarmiento de todos, y en especial de los danzantes: y estando el cielo sereno, se entoldó de nubes densas con